

CAPÍTULO V

CIVILIZACIÓN CATÓLICA EN MÉJICO

Para estudiar la civilización de Méjico nos servirán de guías dos escritores contemporáneos: uno de ellos el protestante moderado Janvier, en su *Mexican Guide* (1894); y el otro un enemigo acérrimo de la religión de los mejicanos, Mr. D. A. Wells, en su *Study of Mexico*.

En la prensa protestante han corrido tales cargos contra la conducta del clero y pueblo mejicano, que no me cupo la menor duda de hallar en dichos autores la comprobación de los crímenes imputados. A ser los hechos tan ciertos y notorios como se ha cacareado, ¿podrían sustraerse á la investigación de tan perspicaces observadores? Pues bien; ni la menor indicación, ni una sombra de lo que se decía, he podido encontrar. Por el contrario, en Mr. Janvier me hallo con el siguiente elogio: «El clero parroquial consta de hombres virtuosos y de vida ejemplar, merecedores de todo honor y reverencia (pág. 94). Mr. Wells, sin embargo, les hace responsables de la falta de instrucción (para él es sinónimo de ignorancia) en que vive el pueblo, y de la resistencia que en el país se nota á la introducción de las nuevas máquinas de producción y adelantos de civilización material (pág. 114). En otra parte amplifica lo de «las enormes riquezas de la Iglesia,» y parece insinuar que la codicia de poseerlas es la causa y el móvil de la actividad religiosa, que se nota en los eclesiásticos. ¡Es graciosa la salida! ¿Ignora acaso Mr. Wells que el Gobierno de la República ha despojado de sus propiedades á la Iglesia, á los conventos y aun á los establecimientos de caridad?

Veamos lo que hay sobre la moralidad del pueblo. El asilo de Expósitos de la capital, tiene local para 200 niños. Al darnos

esta noticia Mr. Janvier, no nos dice si estaban ocupados todos los números de que el establecimiento es capaz. Pero supongamos que lo estuvieran; y aun démosle si se quiere, hasta 250. ¿Qué significa este número en una ciudad como Méjico, donde el promedio anual de nacimientos no bajará de 2.500? ¿Cabe, pues, sospechar tan espantosa inmoralidad? En otro capítulo citaremos el testimonio de Seaman en favor de la pureza de costumbres, que caracteriza á la mujer de los países que él llama América católica.

¿Y qué decir sobre la criminalidad? De ella nada nos dice Janvier: Wells se contenta con citar una carta del Ministro de los Estados Unidos, Foster, en que sólo de referencias habla de frecuentes robos y asaltos en las líneas de ferrocarriles, á pesar de estar custodiadas por fuerza militar. Pero la mejor contestación á este cargo es la protesta oficial que el Gobierno de Méjico envió al de los Estados Unidos, de la cual entresacamos lo siguiente:

«Por cada atentado contra la vida ó la propiedad que se comete en Méjico podemos citar un gran número de hechos análogos cometidos en los Estados de la Unión. Ni es sólo esto, sino que además, tales crímenes se han cometido en vuestra República, que en la nuestra, ni siquiera se le ocurrirían al presidiario más desalmado; tal es, v. gr., el hecho de secuestrar el cadáver del filantrópico capitalista A. T. Stewart, por cuyo rescate se pide una crecida suma.

»Tratando del carácter general del pueblo, Mr. Wells cita una carta del Cónsul general americano Strother, según el cual «la condición de las clases trabajadoras es espantosa por su grosería y abandono material, no menos que por su atraso intelectual y religioso.» Nuestro autor, sin embargo, tiene el buen gusto de poner al testimonio del Cónsul la siguiente glosa: «A pesar de todo, la clase de agricultores, tanto indios como mestizos, son, por regla general, gente trabajadora, de fácil contentar y muy sumisos» (pág. 98).

Lo son, en efecto, mucho, y por eso también son estimados, según podrá juzgarse por lo que á continuación se lee:

»Al indio que por sus condiciones personales lo merezca, no se le niega la entrada en los salones de la buena sociedad, ni le está cerrada la puerta á cargo alguno de la República. No se abusa de él; ni se le arroja, como en los Estados Unidos, de los campos que sus padres cultivaron desde tiempo inmemorial.» (Ibid., página 99.)

Tocante á educación, no deja de tener gracia la flor que Mr. Wells dirige al Catolicismo:

«La Iglesia católica, estimulada por sus mismos infortunios, y queriendo *aparentemente* deshacer la acusación que se le hace de abandonar la educación, le dedica en la actualidad especialísimos cuidados: y, según se dice, en cualquier pueblecito donde el Gobierno ó algunas de las sectas protestantes abra una escuela, trata Ella de establecer por cuenta propia, dos.»

¡Ya se ve! Sin duda por rechazar el apodo de oscurantista, y no porque estime la ciencia en lo mucho que vale, habrá el catolicismo fundado en Europa 15 Universidades más que el protestantismo, sólo desde el tiempo de la Reforma. ¡Hasta que los secuaces de Lutero ó Enrique VIII encienden la antorcha científica, las más densas tinieblas cubren la redondez de la tierra!

La fidelidad del pueblo mejicano en sus tratos es tanta, que, según nuestro autor continúa diciendo, «con sólo examinar los libros de las grandes casas de comercio, se ve que el 85 ó 90 por 100 de las ventas á largo plazo fueron fidelísimamente pagadas. El siguiente hecho, rigurosamente histórico, comprobará lo que decimos: Una casa alemana establecida en el interior, contrató la compra de 200 potros, que habían de entregarse al año, pagando adelantado el precio, á razón de 20 pesos el par. (Buena prueba de la confianza que se hacía de los rancheros.) Pasó el año, y los potros no parecían. La casa comercial, segura del cumplimiento del contrato, no quiso urgir su ejecución. Y, en efecto: un año más tarde del plazo estipulado, entregábanse los animales. ¿Cuál era la causa de la tardanza? Una enfermedad, y la sequía les había matado la cría del año anterior; y en compensación del retraso, presentaban ahora tres potros por cada par.» (Ibid., página 237.)

¿Y qué decir de los modales y suavidad de costumbres?

«Los comerciantes yanquis—dice de ellos su paisano—nunca podrán hacer fortuna en Méjico; porque sus hábitos y costumbres son el reverso de las de los naturales. Nuestros modales resultan chocantes y disuenan con su *extrema finura y delicadeza*. Entre ellos, el dinero y el tiempo no tienen ese valor trascendental y sumo que entre nosotros.»

Si, lo que Dios no permita, prendiese en tierra mejicana la mala semilla que masones, protestantes y ateos están esparciendo á los cuatro vientos, quizá dentro de pocos años, no habrá hon-

rados rancheros que por infracción involuntaria de un contrato paguen tres caballos en vez de dos; ni los groseros modales del anglosajón chocarán con la suavidad y ternura del hispanoamericano: en cambio, los nobles y levantados sentimientos del corazón serán destronados, cual los ídolos del antiguo adoratorio indio, para dar lugar al gran dios yanqui, ¡el omnipotente *dólar!* ¡el peso duro!

Dos palabras sobre el estado de la Iglesia católica en la República mejicana:

«Cuando en 1867 se estableció la Reforma, toda la propiedad de la Iglesia fué confiscada. Todo convento ó casa religiosa mandóse cerrar y destinarse á fines profanos. Los miembros de las Comunidades religiosas, desde los Jesuítas hasta las Hermanas de la Caridad, que servían en los Hospitales ó enseñaban en las Escuelas, fueron desterrados de la nación. Y con tanto rigor se cumplen aun ahora las leyes de persecución religiosa, que ningún sacerdote ó monja puede andar por las calles con los hábitos ó distintivos de su clase, ni celebrar en público procesiones ó actos religiosos.

»Y aunque el culto católico es *¡permitido!* dentro de las catedrales y suficiente número de iglesias, sin embargo, aun estos mismos edificios, levantados por la piedad y fe ardiente de un pueblo eminentemente religioso, son hoy propiedad del Estado, que á su placer puede, cuando le parezca, ó venderlos, ó destinarlos á otros usos. Aun en el toque de las campanas, que para aquel pueblo creyente suenan como voz de ángeles que convidan á adorar á Dios, debe intervenir la autoridad. Las mismas ceremonias sagradas, que los católicos de todos los tiempos han considerado como Sacramentos, son aquí sustituidas por actos civiles, corriendo á cuenta de la autoridad el registrar los nacimientos, presenciar los matrimonios y dar las disposiciones convenientes para el entierro de los muertos. Y aunque á nadie que lo desee se le impide el casarse y hacer los demás actos por la Iglesia, sin embargo, la ceremonia religiosa no tiene validez alguna civil.» (*Study of Mexico*, pág. 81.)

Mr. Wells no tiene una palabra con que censurar, antes más bien parece aplaudir la confiscación de los bienes eclesiásticos: ese latrocinio de los capitales que tantas generaciones depositaron en manos de la Iglesia, para honor de su culto, sustentación de sus ministros, y patrimonio de los desheredados de la fortuna. No con-

sideraron así este brutal atropello de los derechos de Dios, no menos que del pobre, los católicos mejicanos. Por eso se abstuvieron de pujar cuando se sacó á pública subasta «la propiedad de Dios.»

En cambio, los ministros protestantes y otros enemigos jurados de la fe de aquel pueblo no fueron tan escrupulosos ni dejaron desperdiciar la buena ocasión que se les presentaba.

En la calle de San Francisco, una de las más céntricas y concurridas de la capital, está situado el antiguo convento de los Franciscanos, con una magnífica iglesia de las más bellas y concurridas. Pues este soberbio edificio, evaluado en más de 200.000 pesos, fué adjudicado en 35.000 al Obispo protestante Riley y á un conocido filántropo neoyorkino, como representantes de la Secta Episcopal Americana.

Para hacer esta clase de compras, preciso es tener la conciencia poco delicada en materia de sacrilegios, y ser hombre un poco desalmado para no amedrentarse de la histórica maldición que tan frecuentemente ha alcanzado á los poseedores de bienes eclesiásticos. Pero, sin duda, el Obispo comprador Riley debía pertenecer á esta clase de hombres. Y á fe que su conducta no desdijo de uno de ellos. De tal modo parece que empezó á gobernar la Iglesia episcopal fundada en Méjico, que mereció repetidas protestas de sus correligionarios de los Estados Unidos. El, á guisa de buen protestante, protestó también contra ellos; y de tantas protestas por activa y por pasiva, resultó que Riley se alzó con el santo y la limosna, es decir, con la Iglesia mejicana, á la cual declaró independiente, constituyéndose él en cabeza. Si Lutero y Enrique VIII, que no eran Obispos, pudieron hacer otro tanto, él, que lo era, ¿por qué no lo había de hacer? ¡Y sobre ser jefe de una Iglesia, el valor de un edificio evaluado en más de 200.000 pesos! (1).

Hablando de los numerosos levantamientos y guerras civiles que han desangrado á la América católica, ó sea á las antiguas colonias españolas, un afamado publicista, Mr. Seaman, se expresa en los términos siguientes:

(1) A la pintura que el autor nos hace del evangélico Obispo, queremos añadir un solo rasgo con que puso fin á su misión en Méjico. Parece ser que el buen hombre se llenó de deudas, y no teniendo con qué cubrirlas, vendió la iglesia. Comprósele el Ilmo. Sr. Obispo de Méjico, D. Próspero María Alarcón, por el valor de 100.000 pesos. El Prelado se la cedió á los Padres de la Compañía de Jesús.

«Los protestantes, llenos de prejuicios contra el Catolicismo, creen que las maquinaciones del Clero católico y una religión corrompida y alterada, son la causa de casi todas estas perturbaciones políticas. Pero la verdad es que las tendencias de la Iglesia romana y sus ministros son más bien conservadoras y partidarias de la paz; pues aconseja sumisión á los Poderes legítimamente constituidos, y rara vez fomenta espíritu revolucionario, si no es cuando se trata de defender los intereses sagrados de la religión. El Protestantismo es mucho más progresista en su espíritu, más ambicioso de propagar sus principios y doctrinas, de promover la libertad política y el bienestar material de los pueblos, y por eso es más revolucionario en sus tendencias.»

Con su *mica salis*, deben entenderse algunas expresiones del párrafo copiado. Que el Protestantismo sea revolucionario en su espíritu, nadie lo negará. Mas para admitir que promueva el bienestar material y la libertad política, necesitanse otras pruebas de las que suministra la historia de los pueblos cuyos destinos han regido Gobiernos protestantes. Quisiéramos que se nos demostrara cuándo ó dónde, si en la práctica ó en la teoría, por virtud de sus doctrinas fundamentales, ha defendido y puesto en salvo los intereses del pueblo en contra de los atropellos de la autoridad. Su táctica en todos tiempos ha sido acogerse á la sombra de los Tronos y captarse su benevolencia, sin reparar para ello en medios algunos. Donde esa protección le ha faltado, ¿en qué país goza hoy de simpatías con el pueblo? Por el contrario: si el Catolicismo, á pesar de violentas persecuciones por parte de los Poderes públicos, vive robusto y se extiende y florece, como en la actualidad lo vemos en Méjico, es porque los pueblos ven en él su verdadero y leal amigo, defensor de sus derechos y verdadera grandeza, que está muy por encima de unas cuantas mejoras materiales y económicas.

CAPÍTULO VI

CIVILIZACIÓN DE LOS PUEBLOS BÁRBAROS DE OCEANÍA

La Religión católica, hoy cómo siempre, es la más poderosa y aun la única fuerza civilizadora que en el mundo se conoce. Es que entre los caracteres con que su Divino Fundador la distinguió, se cuentan la verdad y la santidad: aquélla que disipa el error, y ésta que se sobrepone á la degradación moral.

Por eso el Protestantismo, falto de la divina misión que á la Iglesia católica confiara Jesucristo, aún no ha podido civilizar una sola nación salvaje. Gloriase, sin embargo, de haber hecho abrazar su forma de cristianismo á los isleños de Sandwich. Aun concedido que así fuera, ¿logró por eso civilizarlos; infundirles siquiera los elementos más primordiales de civilización, cuales son la conservación del sér nacional y el aumento numérico de la población?

El Censo de las Islas Sandwich, hecho por los misioneros protestantes en 1823, arrojó una población de 142.000 naturales. Este número había bajado en 1878 á 44.088; y en 1890, á 34.436. En cambio las Filipinas, evangelizadas por Misioneros católicos, tenían en 1833 una población de 3.153.290 habitantes; en 1877 eran 5.561.223, y en 1893, 7.000.000.

Un escritor protestante que dista mucho de ser afecto al Catholicismo, poniendo en parangón á las Islas Filipinas con las Sandwich, dice de las primeras:

«El Gobierno español dió á estas tribus indígenas paz y tranquilidad, dos cosas de las más necesarias para los pueblos salvajes: por eso estos malayos han prosperado tanto, bajo la dominación española.»

Después, notando el rápido descenso de la población Sandwich, que amenaza total extinción, atribúyelo á la asquerosa lujuria á que viven entregados los naturales, y añade:

«Las leyes físicas de Dios son inflexibles, y pues el freno de la religión que siguen no basta á contenerlos en su relajada conducta, preciso es que las enfermedades que acompañan á estos vicios completen la destrucción de estas gentes como pueblo.»

¡Cuánto hablan estos hechos en favor de la obra civilizadora del Protestantismo! Sin embargo, hoy que son ya católicos la mitad de los infelices kanacas, hay mayores esperanzas de que su raza no llegará á desaparecer. Y cierto, que ni desearse podía campo mejor dispuesto, ni circunstancias más favorables para desplegar todas las energías civilizadoras del Protestantismo en la conversión de un pueblo gentil.

La Sociedad de Misiones de los Estados Unidos envió en 1820 á dos de sus más celosos misioneros, Bingham y Thurston. La Reina de las Islas recibiólos con los brazos abiertos, nombrólos Consejeros Reales, hízolos prácticamente Gobernadores de sus Estados y concedióles omnimoda é ilimitada facultad para hacer de su secta la religión oficial. ¿Hay más que pedir? Se obligó por ley á todos los naturales á asistir á las instrucciones religiosas, y eran admitidos ó no al Bautismo, según que á los misioneros parecía bien. De los amplios poderes que se les concedieron, usaron en cierta ocasión que dos Misioneros católicos arribaron á las Islas. Se consideró como criminales á los que abrazasen la nueva ley, y no se paró hasta expulsar á los predicadores.

Dueños absolutos del campo, y sin rivales que los molestaran, constituyéronse los ministros con sus respectivas familias en una especie de aristocracia colonial con ribetes de Monarquía; y los pobres salvajes se vieron forzados á servir y laborear sus tierras para aquellos hombres que se apellidaban cristianos y habían venido á civilizar el país y traerles las bendiciones del moderno progreso. ¿Qué más? Hasta hubieron de tirar como brutos irracionales del coche en que viajaban sus Apóstoles, prestando el servicio de caballos y recibiendo en recompensa tal vez peores tratamientos de los que se darían á estos cuadrúpedos.

Con tales precedentes no es extraño que la obra civilizadora resultase un fracaso, y que la Sociedad de Misiones dejase de

subvencionar á los misioneros en 1850, declinando cualquiera responsabilidad sobre aquella empresa, y abandonando á los kanacas á su desgraciada suerte. Pero no es esto todo: aún falta por conocer lo más chusco y casi inverosímil de esta verídica historia.

Es, pues, de saber, que los celosos evangelizadores, junto con alguna Biblia ó libro de rezo, llevaron consigo en su entrada á las Islas grandes cargamentos de espejos, cintas, cuchillos y otras *chucheries* por el estilo; y revistiéndose del doble carácter de medio sacerdotes y medio comerciantes yanquis, abrieron público comercio de sus mercancías al precio corriente de 150 duros por un espejo y otros objetos de no mayor valor. Y como los salvajes no tenían bastantes recursos para hacerse con todo lo que excitaba su codicia, los *generosos* comerciantes empezaron á vender *al fiado*; y los *parroquianos*, ignorantes del devorador principio del *interés compuesto*, se dieron á comprar sin preocuparse mucho ni poco del día de mañana.

Pero ese día llegó algunos años después. Una mañana de Junio apareció en aguas de Haway un buque de guerra americano, la corbeta *Peacock*, cuyo Capitán, Jones, reclamaba la paga de un millón de dollars que los naturales de la Isla debían á dos *honrados* ciudadanos de los Estados Unidos. El Rey Kamehameha, después de deliberar con sus Consejeros, determinó satisfacer la reclamación, promulgando al efecto una ley por la que obligaba á todos los hombres hábiles á recoger por los montes cada uno 67 libras de madera de sándalo; y á todas las mujeres, desde trece años en adelante, á tejer cierta tela peculiar del país y hacer un género de esteras caprichosas que allí se estilan. Estos objetos fueron llevados á la China, y allí muy bien vendidos (1). (Véanse más pormenores en el *New York Herald*, 23 Abril 1894.)

Mientras los hechos que hemos relatado sucedían en Haway, en otras islas vecinas del grupo de la Polinesia, tales como las de Gambier, Wallis y Futana, al Sur del Pacífico, obtenían los Misioneros católicos los más brillantes resultados. Cuando los enviados de Jesucristo arribaron á ellas en 1840, presentaban el mismo aspecto que las de Sandwich á la llegada de los protestantes. Los naturales de unas y otras islas pertenecientes á la misma

(1) Las islas Haway ó Sandwich han sido últimamente, en 1898, anexionadas á los Estados Unidos.

raza, hablaban la misma lengua; participaban de los mismos instintos de canibales; y aun tenían las mismas supersticiones religiosas.

Pues bien: aunque aquí no hubo la protección oficial é ilimitado poder que se concedió en Sandwich, no faltó la gracia del Espíritu Santo, con la que en pocos años, todos los habitantes recibieron voluntariamente la instrucción cristiana y el Bautismo. Á nadie se quitaron las tierras, pero á todos se enseñó á cultivarlas. Y los que antes de su conversión se destruían mutuamente con sus continuas guerras, después de convertidos y educados en todas las artes de la paz, crecieron rápidamente en población y prosperidad material, y han merecido de un escritor moderno el siguiente elogio:

«Estas islas son al presente la única rama de la raza Polinesia, de quien se puede decir, con verdad, que vive y prospera.»

El cristianizar y civilizar tribus bárbaras es una de las obras más audaces y con frecuencia de las más peligrosas; como quiera que á los ojos de los gentiles la empresa de la conversión aparece siempre como una conquista de sus personas y tierras á extranjeros advenedizos. ¿Pueden concebir en otros, distintas intenciones de las que ellos tienen al invadir los dominios de un contrario?

Por eso nada tiene de extraño, el que aun los españoles, el pueblo más eminentemente civilizador que el mundo ha conocido, se viesan precisados á valerse de las armas casi siempre que se presentaban á una nación bárbara brindándole con las bendiciones de la fe cristiana y la civilización. Pero el primer acto de aquellos heraldos del Evangelio al tocar tierra en playa desconocida, era plantar una cruz, símbolo de paz y de amor. Y ellos, que tenían lo que no tiene ningún protestante, empapada su alma en la doctrina de Jesucristo, se arrojaban animosos á cualesquiera penalidades con tal de cumplir la alta misión que creían confiada providencialmente á sus esfuerzos.

Así que, aunque la historia presenta escenas de conquistas sangrientas y deplorables crueldades, debemos tener presente que estos son hechos aislados de algunos particulares (menos de los que se cree) motivados con frecuencia por feroces y pertinaces enemigos, pero en manera alguna de la nación cuyo primario y principal fin al arrostrar por tantas dificultades, era la salva-

ción de las almas y la extensión del reinado de Jesucristo. Prueba es de ello el haber conservado la raza indígena de casi todas sus vastísimas colonias, haber reconocido á los individuos los derechos y la igualdad que la dignidad humana reclama, haber elevado á la mujer á la dignidad de esposa del europeo, haber formado siempre la mayoría de la población con naturales del país, no con individuos de su propia raza.

Ninguna nación que no sea católica podrá presentar ejemplo análogo de civilización.

CAPÍTULO VII

CIVILIZACIÓN DE LOS INDIOS AMERICANOS

Uno de los capítulos más interesantes de la obra de Seaman, *Progress of Nations*, es el que lleva por epígrafe «Catholic America.» Y es tanto más convincente su testimonio en esta materia, cuanto que á mil leguas se traslucen sus pocas simpatías con Roma. Dignos son de ser conocidos algunos párrafos relativos á las influencias tan diversas del Catolicismo y protestantismo en la gran obra de difundir la civilización.

«Debemos confesar, en honor de las colonias españolas y portuguesas, de sus misioneros, y en general, de la política católica, que ellos conocieron el secreto de transformar las costumbres y el género de vida de más de veinte millones de indios americanos: mientras que los colonos anglosajones y germanos apenas si han ejercido influencia alguna favorable sobre unos 120.000, únicos restos que quedan de los aborígenas de la América del Norte. Los ingleses, escoceses y alemanes no guardaban consideración alguna, y casi ni sentimientos de humanidad para con los indios; mirábanlos como una casta degradada, cuyo trato era para ellos vitando: los enlaces matrimoniales de entrambas razas considerábanse como infamantes, y en algunas partes llegaron hasta á prohibirse por ley: ningún medio se puso en práctica para atraerlos á la vida social de los blancos, reprimir sus costumbres nómadas, é infundirles los hábitos del trabajo, con un sistema moderado y humanamente coercitivo, cual debe aplicarse en la infancia de toda sociedad.

»Las naciones católicas, por el contrario, siguieron una política diametralmente opuesta. Consideraron á los indios como miembros de la familia humana: dotados, por lo tanto, de en-